

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La pertinencia de estudios acerca de las representaciones sociales sobre la pobreza y su incidencia en políticas públicas

▪

Jorge Helberth Sánchez Tirado.

Cita:

Jorge Helberth Sánchez Tirado (2009). *La pertinencia de estudios acerca de las representaciones sociales sobre la pobreza y su incidencia en políticas públicas. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/648>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La pertinencia de estudios acerca de las representaciones sociales sobre la pobreza y su incidencia en políticas públicas

Jorge Helberth Sánchez Tirado

*Estudiante de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria
de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá, Colombia)
Investigador social del Centro de Investigaciones Humanas y Sociales (CEIHS)
de la Corporación Universitaria Minuto de Dios
presidente de la ONG Corporación Colectivo de Participación e Investigación Social CPAIS
josanchez@uniminuto.edu
jhsjorge@hotmail.com*

En América Latina la pobreza resulta ser un fenómeno escandaloso y vergonzoso por los desfases profundos entre los más y los menos favorecidos socioeconómicamente, lo que usualmente se denomina “la gran brecha entre ricos y pobres”. Esto se ha definido básicamente como la existencia de muy pocas personas con demasiados recursos económicos, mientras que hay demasiadas personas con recursos económicos notablemente insuficientes para el sostenimiento de una vida humana digna en medio de las condiciones del modelo capitalista. Aparte, los más pobres

viven demasiado mal, los más ricos excesivamente bien; los más pobres tienden a ser cada vez más pobres mientras que los más ricos entre los ricos adquieren más riquezas. Por si fuera poco, la cantidad de personas en condiciones de pobreza aumenta casi de forma exponencial y el número de inmensamente ricos se va reduciendo.

Según quien lo vea y a partir de la postura que lo juzgue, este cuadro puede ser catalogado como tremendamente desequilibrado e injusto, y otros pueden definirlo como un hecho normal del mercado, incluso provechoso para el sostenimiento de la estructura de producción capitalista, naturalizando la desigualdad social hasta el punto de mantenerla y agudizarla.

Uno de los objetos o situaciones predominantes para la intervención social ejercida tanto por el Estado como por entidades privadas de todo tipo (iglesias, fundaciones, ONGs, entre otras) es la pobreza. Ella es el objeto predominante de intervención social del Estado, de manera directa por ser definida como el problema a intervenir, o de manera indirecta, por parecer, o estar efectivamente vinculada a otros asuntos definidos como problema de intervención (madresolterismo, consumo de sustancias psicoactivas, violencia doméstica, enfermedades de transmisión sexual, entre otros). Aunque muchos gobiernos intentan reducir o resolver la pobreza con diferentes políticas públicas, a partir de lo que los gobernantes definen como pobreza y lo que consideran son sus causas, las personas en condiciones de pobreza siguen aumentando.

Las intervenciones sociales en general han venido siendo objeto de una reflexión crítica y sistemática por parte de las ciencias sociales acerca de sus diferentes elementos constitutivos, tales como: las ideologías y los criterios de donde parten; los objetivos que pretenden; el tipo de problemática intervenida; los diferentes actores implicados; los contextos en los que se ejecutan las intervenciones; la ética implicada; las modalidades y técnicas de intervención social; la evaluación y los tipos de indicadores, entre otros.

Se puede decir que toda intervención social parte de un discurso a través del cual crea su propio objeto, definiendo el problema a intervenir; enmarcando el conjunto de sus acciones,

delimitando su campo de acción, organizando sus objetivos, y en general, justificando o legitimando la acción pretendida y ejecutada.¹

La definición de pobreza en el marco de las políticas públicas, suele ser el reflejo de las posturas políticas e ideológicas y/o de los intereses de los gobernantes de turno y de la clase política en el poder, lo que implica la manera de concebir la responsabilidad y la acción del Estado en cuanto a la pobreza. Al mismo tiempo, esa definición, decide cuál es el tipo de intervención emprendida y sus objetivos, condicionando de esta forma y en gran medida sus consecuencias².

La intervención social gubernamental ha llegado a ser acusada de reproducir esquemas de dominación, exclusión y dependencia, a favor de intereses económicos y políticos de quienes ostentan el poder en estos ámbitos, y para asegurar, de paso, la continuidad de las mismas prácticas de intervención lo cual garantizaría la estabilidad de lo que Ruíz Ballesteros (2005) bautiza como “burocracia de la pobreza”³. Se dice que muchas intervenciones sociales buscan resolver primero las preocupaciones de carácter político de los gobiernos, otras veces los condicionamientos de organismos foráneos y/o supranacionales, priorizando la eficacia y la eficiencia medidas en términos cuantitativos más que cualitativos y solamente respecto a los resultados esperados por quienes las financian y gestionan, no basándose realmente en las expectativas de la población intervenida, ni en las significaciones que las personas en situación de pobreza tienen acerca de la condición en la que viven, ni en sus necesidades, sus intereses, sus proyectos de vida, sus potencialidades, y tampoco tomando en cuenta las características específicas del contexto sociocultural. Las políticas públicas desconocen usualmente a las personas pobres como sujetos autónomos con derecho a decidir sobre sus propios proyectos y estilos de vida. Esto permite señalar a la intervención social como otra forma de exclusión e imposición a las que las personas pobres se ven sometidas. En síntesis, las intervenciones sociales gubernamentales sobre la pobreza, pocas veces vinculan en las instancias de gobierno la participación de la comunidad en los ámbitos de su pertinencia política, social, cultural y económica; sino que suelen estar condicionadas a los presupuestos ideológicos y académicos impuestos por tecnócratas o profesionales, lo mismo que a intereses políticos y económicos de terceros.

¹ Ruíz Ballesteros, Esteban. *Intervención social: culturas, discursos y poder. Aportaciones desde la antropología*. Madrid: Talasa Ediciones. 2005. Pág. 31

² Ruíz Ballesteros, E. Op. Cit. Pág. 32.

³ Ruíz Ballesteros, E. Op. Cit. Pág. 32.

Otra de las grandes fallas que se suele presentar, es que en aras de conseguir los máximos resultados desde una perspectiva cuantitativa, las políticas públicas suelen ofrecer soluciones homogéneas para el grueso de la población a partir de una categorización media y simplificada de la realidad que excluye las situaciones extremas, o sencillamente distintas, padecidas precisamente por los más débiles dentro del amplio sector poblacional más vulnerado en lo socioeconómico. De esta manera termina negándose la identidad y diversidad cultural, social e individual de las personas, incluso en relación con los planos biológicos y mentales de su ser. Además de esto, muchas de las intervenciones sociales respecto a la pobreza terminan “favoreciendo” a sólo una parte de la población pobre de manera coyuntural y poco integral, pues apenas menguan algunos efectos o ciertas manifestaciones de la pobreza pero no resuelven los factores estructurales que la propician. Dice Sánchez Vidal (1999) que la intervención social se plantea como la acción que pretende corregir las consecuencias negativas del moderno y complicado sistema capitalista, pero en últimas no confronta, y menos transforma, las estructuras de poder enmarcadas en el sistema capitalista que crea las condiciones generadoras, mantenedoras y agravantes de la pobreza⁴. Bajo este panorama, la intervención social está condenada a su fracaso en cuanto a los objetivos sociales que aduce perseguir.

Las definiciones y discursos populares respecto a la pobreza, pocas veces han sido bien sistematizadas y registradas, y lo que hay suele extraviarse en el vasto océano de elaboraciones teóricas con base a la Economía -disciplina que se ha impuesto en la conceptualización de la pobreza- lo mismo que de ideólogos de diferentes corrientes políticas y de académicos de diversas posturas de pensamiento que han tocado el tema de la pobreza. Tanto que seguimos dejando en la penumbra la opinión y el saber de la gente pobre porque de alguna manera como intelectuales parece que nos sentimos con mayor autoridad para hablar del tema que las mismas personas que viven en la pobreza y sienten sus efectos.

⁴ “la intervención social también encarna, con no menor centralidad, la faceta sombría, negativa, de la modernización en la medida en que trata de reducir los desequilibrios y problemas que la industrialización y el capitalismo modernos han creado. (...) La intervención social es acusada con frecuencia de hacer el <<trabajo sucio>> del capitalismo y el liberalismo haciendo más tolerables el sufrimiento humano y la desorganización social creados por aquellos sin modificar en lo sustancial las condiciones –ligadas a estructuras y procesos económicos, políticos y sociales a los que el interventor social no tiene acceso- que las generan y mantienen y que –como la libertad genérica- son prerrequisitos socioculturales de tales ideologías”. Sánchez Vidal, A. Ética de la intervención social. Barcelona: Paidós. 1999.

A partir de la generalizada tendencia economicista, la forma como se determina la existencia de pobreza se hace de acuerdo a ciertos indicadores que pretenden medir y cuantificar, aplicando el mismo criterio de medida en cualquier contexto: las cantidades de personas en situación de pobreza, la intensidad o nivel del problema según los ingresos -en una escala determinada por una línea de pobreza y una línea de miseria- según la capacidad adquisitiva, el PIB, entre otros. Estos son términos con los cuales las personas en situación de pobreza no parece que estén familiarizadas ni conocer lo que significan. Este discurso economicista que tiene sus propios códigos, tiende a excluir del diálogo político a la gran mayoría de las personas dentro de los cuales precisamente son los pobres quienes más las constituyen. Desde este lenguaje técnico el sujeto denominado “pobre” puede ser determinado como “ignorante” si desconoce el significado de los términos que se utilizan para denominar los elementos y engranajes que fundamentan al sistema socioeconómico hegemónico.

Recientemente algunos teóricos han criticado la tendencia economicista que define, explica y evalúa la pobreza, y se inclinan más por entenderla desde una perspectiva de derechos y oportunidades. Esta tendencia considera que los indicadores de la pobreza no pueden basarse simple y llanamente en los ingresos económicos de las personas ni en sus necesidades básicas insatisfechas, sino más bien en las oportunidades que los sistemas políticos, culturales, sociales y económicos vigentes en su contexto niegan o brindan para el desarrollo de las capacidades humanas y de su calidad de vida.

Algunas corrientes políticas e ideológicas han reforzando enfoques de investigación social que pretenden privilegiar la manifestación del sentir y las propias reflexiones de los sujetos para descubrir en su discurso claves del entendimiento de dichos problemas, reivindicando a su vez el saber y análisis de las comunidades y sus integrantes, a partir de sus propias formas de acceso al conocimiento y las maneras en que se comunica este saber cotidiano.

Postulo que antes de ingeniar y aplicar meros programas cuya finalidad es la movilidad socioeconómica, es necesario garantizar y fortalecer los procesos de movilización social entre las comunidades denominadas pobres para que se constituyan en fuerzas políticas capaces de presionar

a las clases y partidos en el gobierno por el logro de cambios sustanciales y sostenibles mediante una comunicación directa, clara y horizontal, para conseguir transformar formas de poder unilaterales y derrumbar los esquemas de dominación que propician la desigualdad social en todas sus formas. Significa hacer realidad la democracia radical de Mouffe, integrando a las personas en situación de pobreza en la toma de decisiones, en condiciones igualitarias y poniendo en marcha los mecanismos necesarios para regular las relaciones de poder, colocando a los pobres como protagonistas de la planeación y acción social, ya preparados para agenciar en sus comunidades y en la sociedad en general, los cambios que consideren pertinentes para su propio bienestar; para que incidan en las políticas públicas y hagan veeduría a los programas de gobierno. Esto es realizar un gobierno de los pobres, con los pobres y para los pobres, capaz de eliminar del concepto “pobreza” las definiciones que la equiparan a vulnerabilidad, minoría, minusvalía y carencia. Concretamente se trata de que las personas tengan la capacidad de ejercer sus derechos y asuman la responsabilidad política del cambio social justo, donde las instituciones vuelvan a estar al servicio de la comunidad y se hagan legítimas no con base a la ley sino más bien por el ejercicio efectivo de su función social.

En pos del desarrollo concreto de esta propuesta, las ciencias y los científicos sociales se convierten en un medio o puente, de ninguna manera infranqueable, por el cual la gente pobre puede enunciar su voz y poner sobre la mesa de discusión sus propias perspectivas, alternativas, recursos e intereses para la formulación de políticas públicas en las que no se vean sometidos ni convertidos en simples receptáculos de decisiones que otros toman. Significa recuperar el ideal del intelectual orgánico de Gramsci, más que el de un simple cronista de nuestra época.

Debemos buscar la forma para que los gobernantes y quienes están planeando, gestionado, ejecutando y evaluando las políticas públicas en relación a la pobreza, reconozcan que antes que perseguir sus propios intereses, y antes que plantear sus soluciones desde cualquier perspectiva teórica o desde sus experiencias, deben acudir primero a la población afectada en una relación horizontal que recurra necesariamente a un reconocimiento de la misma voz de las personas clasificadas como pobres acerca de lo que ellas quieren, necesitan, esperan, sueñan y pretenden alcanzar como parte de su realización personal y colectiva, en condiciones que respeten su dignidad y autonomía.

En este momento coyuntural, dados los cambios políticos que la región ha afrontado, la crisis económica que está tocando con diferente intensidad a todos los países, en especial los del llamado Tercer Mundo, resulta preciso sistematizar y presentar un panorama sobre la conformación y mutación del discurso sobre la pobreza a través del reconocimiento de las representaciones sociales que los denominados pobres han apropiado, adaptado o elaborado, construidas en gran medida con la influencia de los discursos mediáticos, religiosos, políticos, económicos, e incluso académicos, a lo largo de los últimos años.

Al determinar las representaciones sociales existentes sobre la pobreza, paralelamente se está invitando a reflexionar sobre las definiciones de progreso y desarrollo que orientan los objetivos de la intervención social. Este ejercicio podría dar cuenta de que contradicciones existen entre lo que los gobiernos o las políticas públicas pretenden como presente y futuro de la sociedad, frente a lo que las personas de las comunidades menos favorecidas socioeconómicamente y sus comunidades esperan para su propia existencia. Se trata de hacer un reconocimiento del saber cotidiano de los denominados pobres con relación al tema de la pobreza, fomentando la autoreflexión crítica de su propio discurso.

Estudiar las representaciones sociales de la pobreza como componentes del discurso de la gente denominada pobre, pretende esencialmente la reivindicación de su derecho a la participación en los mecanismos, formas y oportunidades de acción social y política. Esto hace preciso contribuir a la comprensión de la realidad que viven los llamados pobres y a la que han sido sometidos por diferentes circunstancias, tradicionalmente por fuera de su control, por haber sido vistas como lejanas a su accionar, muchas veces reprimidos por los aparatos policiales y militares de los estados, y que han terminado por naturalizarse en varias lugares y ocasiones. Una mayor comprensión compleja y crítica de su realidad, aunada a la reivindicación de sus derechos y el entendimiento de su responsabilidad moral y social con su presente y futuro, puede brindar el sustento y las herramientas necesarias para la participación eficaz de los denominados pobres en las instancias de decisión, propendiendo por el desarrollo de su autonomía y la autodeterminación de las comunidades que integran. Quizá así si se deriven alternativas que eliminen las verdaderas causas de la pobreza, iniciando en microcontextos locales, tomando en cuenta las especificidades subjetivas,

populares y cotidianas; considerando a la vez los factores históricos, económicos, culturales, políticos y sociales de carácter global que resulten pertinentes de análisis.

Bajo la perspectiva de las representaciones sociales es posible dar cuenta de múltiples formas de ser y de sentir frente al tema de la pobreza: personas que se resignan a seguir sometidas, o bien actúan como sujetos de sí mismos y en resistencia a formas de dominación; gente que sin reserva actúa según los condicionamientos del poder como meros individuos focalizados, delimitados y definidos desde fuera, o que por el contrario se comportan como sujetos comprometidos con sus luchas, incansables y esperanzados; personas que simplemente ya no creen posible salir de su propia pobreza y sólo esperan recibir de otros en virtud de la etiqueta “pobre”, o aquellas que asumen su vida de manera creativa, alternativa y propositiva para vivir con dignidad sin necesidad de los artilugios del consumo. Y la gama puede ser mucho más amplia.

Es necesario hallar las tendencias discursivas de las personas pobres manifiestas en representaciones sociales para encontrar su relación con otros discursos para darnos cuenta como han venido construyéndose y que estrategia debe asumirse para deconstruirlos y modificarlos. Discursos que desde la misma educación, por ejemplo, han legitimado las diferencias entre pobres y ricos hasta. Basta ver como la educación en países como Colombia aún no hace nada importante para transformar las aspiraciones de muchos y muchas de sus estudiantes de media vocacional, se ven limitadas por sus urgencias vitales a la consecución de trabajos mal remunerados que puedan servir aunque sea para resolver las necesidades más inmediatas y apremiantes del día a día en vez de incentivar el desarrollo de todas sus potencialidades y talentos.

Estudiar las representaciones sociales sobre la pobreza entre los denominados pobres, podría dar cuenta de las creencias que originan o refuerzan la automarginación de escenarios, políticos, sociales, culturales y económicos, un movimiento hacia fuera que ha sido aprovechado por los típicos grupos dirigentes para mantenerse en el poder sin mayores adversarios.

Otro aspecto que es posible analizar bajo la mirada de las representaciones sociales es el aspecto emocional y psicológico de la pobreza en su relación con la exacerbación del consumismo. Por ejemplo, sumadas a las frustraciones que la misma situación material desfavorable causa, a la pobreza vienen ligadas otras desazones por el logro precario o siempre inacabado de los modelos de sujetos ideales que ha venido imponiendo publicidad en los medios de comunicación, en especial la televisión que es el de mayor acceso. A través de los medios se domina y determina el deseo y las emociones de la gente, especialmente de las personas quizás más susceptibles a dichos mensajes: los niños y niñas, las y los jóvenes que con pocos modelos y alternativas subjetivas brindadas y promovidas en su sociedad, encuentran en dichos prototipos acomodados y creados por el marketing, los superfluos modelos a seguir. Esta es otra de las razones por las que entre las víctimas más sensibles de la pobreza están los menores de edad.

Finalmente quiero manifestar, que en este espacio de encuentro de académicos, ideólogos, sujetos políticos y estudiantes, es necesario cuestionarnos profundamente sobre nuestras prácticas discursivas; también sobre las formas en las que establecemos comunicación con los demás, entre ellos los que catalogamos como pobres; sobre nuestro papel político en las intervenciones e investigaciones sociales en las que nos involucramos. Preguntémonos si acaso estamos reproduciendo los esquemas de dominación y exclusión, la desigualdad social, y los sistemas que legitiman la pobreza. La academia debe volver a ser el espacio de debate que ha venido dejando de ser por el miedo y sobretodo por corresponder a los afanes del mercado más que a su propia conciencia, acallada pero que no ha perdido. Rescatemos el papel de la reflexión, del debate político amplio en todo tiempo y lugar; recobremos la crítica de nuestra labor; seamos actores sociales comprometidos y propositivos frente a la realidad palpable de la calle y de los campos olvidados, más que con la escritura de libros que doblarán luego sucios anaqueles.